

Capítulo 2

La lealtad y la fe de los primeros cristianos

Jesús les reveló a sus discípulos la historia de su pueblo, desde el tiempo en que él sería arrebatado al Cielo hasta su regreso con poder y gloria. Penetrando profundamente en el futuro, su ojo vislumbró las violentas tempestades que caerían sobre sus seguidores en los años futuros de persecución (ver S. Mateo 24:9, 21, 22). Los seguidores de Cristo deben recorrer la misma senda de humillación y sufrimiento que transitó su Maestro. La enemistad que soportó el Redentor del mundo se manifestaría contra todos los que creyeran en su nombre.

El paganismo se dio cuenta de que, si triunfaba el evangelio, sus templos y sus altares serían arrasados; por lo tanto, se encendieron los fuegos de la persecución. A los cristianos se los despojaba de sus posesiones y se los expulsaba de sus hogares. Nobles y esclavos, ricos y pobres, cultos e ignorantes, fueron sin misericordia sacrificados en gran número.

Comenzando bajo Nerón, las persecuciones continuaron durante siglos. Se declaró falsamente que los cristianos eran la causa del hambre, las plagas y los terremotos. Había acusadores listos (bajo soborno) para traicionar a los inocentes, y acusarlos de rebeldes y dañinos para la sociedad. Muchísimos fueron arrojados a las bestias salvajes o quemados vivos en los anfiteatros. Algunos fueron crucificados; otros fueron cubiertos con pieles de animales salvajes y arrojados a la arena para ser despedazados por los perros. En las fiestas públicas, grandes multitudes se reunían para gozar del espectáculo y festejar con risas y aplausos la agonía mortal de los mártires.

Los seguidores de Cristo se veían obligados a ocultarse en lugares aislados. Fuera de los muros de la ciudad de Roma, entre las colinas, se habían construido largas galerías subterráneas, a través de la tierra y la roca, de muchos kilómetros de longitud. En estos refugios ocultos, los seguidores de Cristo enterraban a sus muertos. Allí también, cuando eran perseguidos, hallaban un hogar. Muchos recordaron las palabras de su Maestro de que, cuando fueran perseguidos por causa de Cristo, debían alegrarse en gran manera. Grande sería su recompensa en los Cielos, porque de la misma forma habían sido perseguidos los profetas antes que ellos (ver S. Mateo 5:11, 12).

Canciones de triunfo ascendían de en medio de las llamas crepitantes. Por fe, vieron a Cristo y a los ángeles observándolos con el más profundo interés y

aprobando su firmeza. Resonaba la voz desde el Trono de Dios: “Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida” (Apocalipsis 2:10).

Satanás se esforzó en vano por destruir a la iglesia de Cristo por medio de la violencia. Los obreros de Dios eran sacrificados, pero el evangelio continuaba esparciéndose y sus adherentes aumentaban. Dijo un cristiano: “Más somos cuanto derramáis más sangre; que la sangre de los cristianos es semilla”.¹

Frente a ello, Satanás formuló sus planes para tener mayor éxito en su lucha contra Dios, poniendo su bandera dentro de la iglesia cristiana para obtener por engaño lo que no podía conseguir por la fuerza. La persecución cesó, y fue reemplazada por los atractivos de la prosperidad temporal y el honor. Los ídólatras fueron inducidos a recibir una parte de la fe cristiana, mientras que rechazaban verdades esenciales. Profesaban aceptar a Jesús, pero no tenían convicción del pecado y no sentían ninguna necesidad de arrepentimiento o de un cambio de corazón. Hicieron algunas concesiones de su parte, y propusieron que los cristianos hicieran también las suyas, para que todos pudieran unirse sobre la plataforma de “la fe en Cristo”.

Ahora, la iglesia se encontraba ante un terrible peligro. ¡El encarcelamiento, la tortura, el fuego y la espada eran bendiciones en comparación con esto! Algunos cristianos se mantuvieron firmes. Otros estaban a favor de modificar su fe y, bajo el manto de un cristianismo fingido, Satanás se fue introduciendo en la iglesia para corromper su fe.

Finalmente, la mayoría de los cristianos rebajó las normas. Se formó una unión entre el cristianismo y el paganismo. Aunque los adoradores de ídolos profesaban unirse a la iglesia, continuaban aferrándose a su idolatría, cambiando únicamente los objetos de su culto por imágenes de Jesús, y aun de María y de los santos. Doctrinas falsas, ritos supersticiosos y ceremonias ídólatras se incorporaron a la fe y al culto de la iglesia. La religión cristiana llegó a corromperse, y la iglesia perdió su pureza y su poder. Sin embargo, algunos no fueron engañados. Continuaron manteniendo su fidelidad al Autor de la verdad.

Dos clases en la iglesia

Siempre ha habido dos clases entre los que profesan seguir a Cristo. Mientras que una clase de personas estudia la vida del Salvador y trata con todo fervor de corregir sus defectos y conformar su vida con el gran Modelo, la otra clase evita las verdades sencillas y prácticas que exponen sus errores. Aun en su mejor estado, la iglesia nunca estuvo totalmente compuesta por personas veraces y sinceras. Judas fue contado con los discípulos, para que por la instrucción y el ejemplo de Cristo pudiera ser inducido a ver sus errores. Pero, al ceder al pecado, atrajo las tentaciones de Satanás. Se enojó cuando sus faltas fueron reprobadas, y eso lo llevó a traicionar a su Maestro (ver S. Marcos 14:10, 11).

Ananías y Safira fingieron hacer un sacrificio completo en favor de Dios, pero retuvieron en forma codiciosa una porción para sí mismos. El Espíritu de verdad

¹Tertuliano, *Apología*, cap. 50.

les reveló a los apóstoles el verdadero carácter de estos farsantes, y los juicios de Dios libraron a la iglesia de aquella inmundicia que mancillaba su pureza (ver Hechos 5:1-11). Cuando la persecución sobrevino a los seguidores de Cristo, solamente los que estaban dispuestos a abandonarlo todo por la verdad deseaban llegar a ser sus discípulos. Pero, cuando cesó la persecución, se añadieron conversos que eran menos sinceros, y el camino quedó abierto para la infiltración de Satanás.

Cuando los cristianos consintieron en unirse con los que eran semiconvertidos del paganismo, Satanás se regocijó, y entonces los inspiró a perseguir a los que se mantenían fieles a Dios. Estos cristianos apóstatas, al unirse con compañeros semipaganos, dirigieron su guerra contra los rasgos más esenciales de las doctrinas de Cristo. Se necesitaba una lucha desesperada para mantenerse firme contra los engaños y las abominaciones introducidas en la iglesia. La Biblia no era aceptada como norma de fe. La doctrina de la libertad religiosa fue calificada como herejía, y los que la sostenían fueron perseguidos.

Tras largo conflicto, los fieles vieron que era absolutamente necesario separarse. No se atrevían a tolerar errores fatales para su propia alma y poner así en peligro la fe de sus hijos y de los hijos de sus hijos. Sentían que sacrificar un principio por amor a la paz era un precio demasiado alto. Si solo se podía asegurar la unidad haciendo concesiones a la verdad y la justicia, entonces habría diferencias e incluso guerra.

Los primeros cristianos ciertamente eran un pueblo peculiar. Eran pocos en número, sin riquezas, sin jerarquía ni títulos honoríficos, y los impíos los odiaban, como Caín odió a Abel (ver Génesis 4:1-10). Desde los días de Cristo hasta hoy, sus fieles discípulos han suscitado el odio y la oposición de los que aman el pecado.

Entonces, ¿cómo es que el evangelio puede considerarse un mensaje de paz? Los ángeles cantaron en las llanuras de Belén: "Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los que gozan de su buena voluntad" (S. Lucas 2:14). Existe aparente contradicción entre estas declaraciones proféticas y las palabras de Cristo: "No vine a traer paz, sino espada" (S. Mateo 10:34). Sin embargo, si ambas declaraciones se entienden correctamente, existe entre ellas perfecta armonía. El evangelio es un mensaje de paz. La religión de Cristo, recibida y obedecida, extendería la paz y la felicidad por el mundo entero. La misión de Jesús fue reconciliar a los seres humanos con Dios, y así reconciliarlos mutuamente. Pero el mundo en general está bajo el control de Satanás, el enemigo más acérrimo de Cristo. El evangelio presenta principios de vida que están en total desacuerdo con los hábitos y los deseos de los seres humanos, y estos se rebelan contra él. Odian la pureza que condena el pecado, y persiguen a los que los instan a obedecer sus santas demandas. Es en este sentido que el evangelio se convierte en una espada.

Muchos que son débiles en la fe pierden su confianza en Dios, porque él permite que las personas malas prosperen, en tanto que las mejores y más puras son atormentadas por el cruel poderío de los malvados. ¿Cómo puede alguien que es justo y misericordioso, y que tiene poder infinito, tolerar tal injusticia? Dios nos ha dado suficientes pruebas de su amor. No debemos dudar de su bondad porque

no podamos entender su providencia. El Salvador dijo: “Recuerden lo que les dije: ‘Ningún siervo es más que su amo’. Si a mí me han perseguido, también a ustedes los perseguirán” (S. Juan 15:20). Los que son llamados a soportar la tortura y el martirio simplemente están siguiendo los pasos del amado Hijo de Dios.

Los justos son colocados en el horno de la aflicción para ser purificados, para que su ejemplo convenza a otros acerca de la realidad de la fe y la bondad, y para que su conducta consecuente condene a los impíos e incrédulos. Dios permite que los malvados prosperen y revelen su enemistad contra él con el fin de que todos vean la justicia del Señor y su misericordia en la total destrucción que sufrirán los malos. Todo acto de crueldad hacia los fieles de Dios será castigado como si hubiera sido realizado contra Cristo mismo.

Pablo declara que “serán perseguidos todos los que quieran llevar una vida piadosa en Cristo Jesús” (2 Timoteo 3:12). ¿Por qué, entonces, la persecución parece actualmente adormecida? La única razón es que la iglesia se ha conformado con las normas del mundo y, por lo tanto, no despierta ninguna oposición. La religión de nuestros tiempos no es la religión pura y santa de Cristo y sus apóstoles. Puesto que las verdades de la Palabra de Dios son tratadas con indiferencia, puesto que existe tan poca piedad vital en la iglesia, el cristianismo resulta popular en el mundo. Si se produjera un reavivamiento de la fe como en la iglesia primitiva, los fuegos de la persecución volverían a encenderse.